6967

¡Me conviene esta mujer!

¡ME CONVIENE ESTA MUJER!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Representado por primera vez en Madrid en el teatro del Circo en el mes de Noviembre de 1863.

CUARTA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.	ACTORES.
ROSA.....	Doña Josefa Hijosa.
DON PEDRO.....	Don José Miguel.
FABRICIO.....	Don Ramon Mariscal.

La accion en Madrid: Época actual.

APROBADO POR LA CENSURA.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo,* son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA SEÑORA DOÑA JOSEFA HIJOSA.

Sólo el deseo de complacer á V. ha podido obligarme á escribir este juguete en brevísimo tiempo y en horas, para mí, no muy bonancibles. Á V., pues, se lo dedico á fin de que comparta conmigo la responsabilidad que ante el público me ha hecho contraer.

De V. afectísimo Q. B. S. P.

E. Zamora y Caballero.

SOCIEDAD REC...
EL COMER...
NUEVA MU... N.C.

ACTO ÚNICO.

Sala pobremente amueblada. Puertas á la izquierda y al foro. Á la derecha una ventana practicable.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, sentada en primer término cosiendo, D. PEDRO entrando por el foro.

D. PEDRO. Muy buenos dias, vecina.
ROSA. Muy buenos los tenga usted.
D. PEDRO. Qué tal la salud?
ROSA. Bien, gracias,
Y la de usted?
D. PEDRO. Gracias, bien. (Pausa.)
Mi señora doña Rosa,
hágame usté la merced
de volverse toda oidos
y escucharme.
ROSA. (Deja la costura.) Diga usted!
D. PEDRO. Me llamo Pedro Taquilla;
nací el dia veintitres
de julio del año mil
ochocientos diez y seis,
estoy muy bien conservado,
soy soltero, mi honradez

678302

es notoria, soy cesante
con quince duros al mes,
estoy vacunado, prendras
personales... ya ve usted...
me canso de ser soltero,
no tengo nada que hacer
y he decidido casarme,
y como la adoro á usted,
que es la modista mas guapa
de cuantas saben coser,
vengo á pedirla la mano,
gracia que espero obtendré
de la rectitud notoria
de esa boquita de miel:
con todo lo cual, *he dicho,*
y estoy á los pies de usted.

ROSA. (Hombre mas extravagante!...)
Pero don Pedro...

D. PEDRO. Qué?... Qué?...
Va usted á ponerme un *visto,*
como lo suelen hacer
en el ministerio, siempre
que pido que se me dé
algun destino vacante?
Visto... ¡palabra cruel!
que es como decirle á uno:
»Hermano, perdone usted.»

ROSA. Pero, señor de Taquilla,
creo que pasa de cien
las veces que ya me ha hablado
de su amor, y yo...

D. PEDRO. Tambien
de ciento las calabazas
pasa que me ha dado usté.
Pero yo no retrocedo,
nada, una vez y otra vez
volveré sobre la brecha.

ROSA. Pero...

D. PEDRO. Morir ó vencer.
Asomada á esa ventana
vi á usted por primera vez,
y exclamé para mi sayo

«me conviene esta mujer.»

ROSA. Podrá ser que le convenga,
pero tambien podrá ser,
y *puede*, y no sólo *puede*
sino que en efecto *es*,
que usté á mí no me conviene,
por lo tanto... ya ve usté.

D. PEDRO. Si veo, y desearia
ántes cegar que tal ver.
Mas no por eso me apuro.

ROSA. Lo celebro.

D. PEDRO. Yo tambien.
Ni cedo.

ROSA. Mucho lo siento.

D. PEDRO. Veremos quién yence á quién.
Era mi madre asturiana
y mi padre aragonés,
y yo he salido tan terco
y tan cabezudo que,
en empeñándome yo
en que una cosa ha de ser,
en cien años no cejara
y si pudiera vivir cien,
hasta conseguir mi objeto.

ROSA. Pues sospecho que esta vez
no le ha de servir de nada
esa insistencia cruel.

D. PEDRO. Usted me conviene, Rosa.

ROSA. Háse visto pesadez!

D. PEDRO. Digo que usted me conviene.

ROSA. Mas...

D. PEDRO. Que me conviene usted.

ROSA. Y usted á mí no, don Pedro.

D. PEDRO. Lo siento. Cómo ha de ser!
Volveré un poco más tarde.

ROSA. Es inútil.

D. PEDRO. Volveré. (Ademan de marcharse.)

ROSA. ¡Ay!
(Dejándose caer en la silla con abatimiento.)

D. PEDRO. Que volveré, repito.
(Volviendo desde la puerta del foro.)

ROSA. Ya está usted aquí otra vez?

D. Pedro. No, no señora, aun no he vuelto,
porque aun no me marché,
y no habiéndome marchado
me era imposible volver.
Hasta la vista. (Va hácia la puerta del foro.)

Rosa. Hasta nunca.

D. Pedro. (Volviendo.)
Que no se impaciente usté!...

Rosa. Pero, señor de Taquilla... (Levántandose.)

D Pedro. Pronto vuelvo. Hasta despues.
(Váse por el foro.)

ESCENA II.

ROSA sola.

(imitando á D. Pedro.)
«Rosita, usté me conviene,»
«Rosa, me conviene usté.»
Todos los dias lo mismo...
Ay! todos los dias!... Qué!...
Si fuera todos los dias
tan solamente una vez!...
Cuán injusta es la fortuna!
Conozco yo más de seis
que sin más patrimonio
que treinta dias al mes,
se regalan y se visten
de brocados y moaré,
y yo que tengo una cara
que... vamos, se puede ver,
me pudro en mi sotabanco
sito en la calle del Pez,
y he de escuchar los amores
de ese cesante cruel,
que como vive en la casa
y es capaz de hablar por tres
no me deja á sol ni á sombra.
Y el otro?... El otro tambien
es, por quien soy, divertido...
Un genio de Lucifer
que por cualquier cosa arma

con los hombres un belen,
y que es conmigo tan corto
y tan comedido que
en sus diarias visitas
apenas sabe qué hacer
de su lengua, ó si la mueve
es solo para hablar de
la magnesia y la potasa,
ó de las hojas de sen.
Y eso que el pobre me quiere;
eso sí, me quiere bien...
pero si no vence nunca
su maldita timidez,
es imposible que al cabo
nos lleguemos á entender.
Pues yo bastante le animo,
mas no hago carrera de él...
Yo no soy ninguna fiera
ni ningun moro de rey,
y siendo él tan arrojado
y yo poco de temer,
por qué me teme ese hombre?...
Vamos señores... por qué?

SOCIEDAD
EL COMER
NUEVA

ESCENA III.

ROSA, D. PEDRO por el foro con un gran ramo de flores.

D. PEDRO. Á los piés de usté, Rosita.
ROSA. Beso á usté la mano.
D. PEDRO. Amen.
Vengo á traerla este ramo.
ROSA. (Tomándolo.)
Muchas gracias.
D. PEDRO. No hay de qué.
Abur, al momento vuelvo.
(Antes de salir por la puerta del foro.)
(Me conviene esta mujer.)

ESCENA IV.

ROSA.—Luego FABRICIO.

ROSA. (Tirando con rabia el ramo.)
Malhayan amen tus flores!
Malhaya tu obstinacion...
Pero... ¡Dios mio!... qué hombre!...
Un amante así es peor
que tener un tabardillo,
el tifus ó el sarampion,
porque al fin eso se cura
ó se lo lleva á uno Dios...
Mas esto... ¿y qué hace el gobierno?...
¿para qué hay Constitucion
y guarda civil, señores,
y Ceuta y Fernando Póo,
si dejan suelto en las calles
á este insufrible moscon?...

FABRICIO. (Entrando.) Rosita!...

ROSA. (Ya está aquí el otro.)
Hola, Fabricio.

FABRICIO. (Si hoy
no me atrevo, soy más bestia
que Nabucodonosor.)

ROSA. Siéntese usté...

FABRICIO. Muchas gracias.

(Se sienta cada uno á un lado de la escena. Rosa al lado en que debe estar la mesilla de labor.)

ROSA. (Despues de un momento de pausa, en el que mira dos ó tres veces á Fabricio como esperando que diga algo ó impacientándose por su silencio.)
(Donosa conversacion!)
Hace frio?...

FABRICIO. Sí señora...
digo... no señora, no...
aunque parece que lo hace,
yo creo sentir calor,
y aunque al venir tiritaba,
ahora sudando estoy;
conque no sé si hace frío

ó si hace un calor atroz.

ROSA. Corriente... quedo enterada,
gracias por la explicacion.

FABRICIO. (No digo mas que sandeces.)

ROSA. (Cogiendo la labor y poniéndose á trabajar.)
(Y esto es un hombre, señor?)
(Pausa.)

FABRICIO. Rosita, yo deseaba,
si no fuera indiscrecion,
hablar á usted un momento...

ROSA. Hable usté aunque sean dos.

FABRICIO. Y si de atrevido peco... (Levantándose.)

ROSA. De atrevido?... No señor. (Se levanta.)
No peca usté de atrevido.

FABRICIO. Pues entónces... Allá voy.
(Despues de un momento de pausa en que Rosa parece esperar con gran interés sus palabras.)
Da esta ventana á la calle?...

ROSA. (Con desaliento.)
No señor, da á un corredor.

FABRICIO. De manera que á este cuarto
no le da el sol nunca.

ROSA. No.

FABRICIO. Pues eso es triste y mal sano,
porque el sol...

ROSA. Sí, justo, el sol...
(Vamos, de qué buena gana
le pegaba un bofeton.)
(Vuelve á sentarse y á coger su costura. Fabricio da una vuelta por la escena y se sienta de nuevo.—Pausa.)

FABRICIO. Rosita!... (Levantándose.)

ROSA. (Vamos, se atreve.)
Qué?

FABRICIO. Nada. (Vuelve á sentarse.)

ROSA. No se atrevió.
(Se sienta. Pausa.)

FABRICIO. Escuche usté, Rosa. (Volviendo á levantarse.)

ROSA. (Iden.) Escucho.

FABRICIO. Estuvo usté ayer en *Paul?* [1]

---

1 Léase Pol.

ROSA. No, señor, en el Elíseo.
FABRICIO. Lo celebro.
ROSA. Tambien yo. (Se sientan. Pausa.)
FABRICIO. (Pero que toda mi vida
me ha de pasar lo que hoy?
Yo que no temo á los hombres,
he de mostrar tal temor
á las mujeres?... Caramba!...
Esto es horrible, es atroz!) (Pausa.)
ROSA. Ay!...
FABRICIO. Qué?
ROSA. Un pinchazo.
FABRICIO. Lo siento.
ROSA. No, quien lo siente soy yo
(Ni se mueve de la silla.)
FABRICIO. Le duele á usted?...
ROSA. No señor,
me da gusto.
FABRICIO. Si doliera,
agua fresca es lo mejor.
ROSA. La medicina es barata.
FABRICIO. Y probada.
ROSA. En eso estoy. (Pausa.)
Pero .. no tiene usted nada
que decirme?...
FABRICIO. Yo... yo...
ROSA. (Imitándole.) Yo!...
FABRICIO. Si usted se burla...
ROSA. No es eso.
Es quo desde que usté entró
conocí que deseaba
emprender conversacion
sobre algun árduo negocio...
FABRICIO. Conque usted lo conoció?...
(Se levantan los dos.)
ROSA. Sí tal, y como deseo
complacerle... (Pues señor
este hombre es de cal y canto.)
FABRICIO. (Que me atrevo!)
ROSA. Como yo
por sus buenas cualidades
tengo á usté en estimacion

quisiera que se explicara
sin rodeos ni temor,
pues si lo que á usted aqueja
puedo remediarlo yo...
la gente... hablando se entiende,
y á veces siempre es mejor
lo que se haya de decir
mañana, decirlo hoy.
(Ni por esas.)

FABRICIO. Conque usted
quiere que lo diga yo?...

ROSA. Sí, todo lo que ocurra.

FABRICIO. Qué buena es usté!

ROSA. (Empezó.)

FABRICIO. Pues mire usted, es verdad
que siento una comezon
de decirla tantas cosas!

ROSA. Pues empiece usted... yo soy
muy franca y quiero que todos
lo sean conmigo... Yo,
si usted, pongo por ejemplo,
me dice que tiene amor,
quizá podré aconsejarle,
y si conozco á la que hoy
es dueña de su albedrío
podré tambien... ¿por qué no?...
decir á esa ciududana:
«De Fabricio el corazon
late por tí, es buen muchacho,
honrado, trabajador,
corresponde á su cariño,
casaos pronto los dos
y gozad de vuestra dicha
en paz y en gracia de Dios.»
Esto le digo á mi amiga,
si es que usted padece amor
y es amiga la individua,
y á tal fuerza de razon
casi tengo por seguro
que no ha de decir que no.
(Si de esta no se declara
no tiene perdon de Dios.)

FABRICIO. Pues mire usted, en efecto.
ROSA. (Á que no se atreve?)
FABRICIO Yo...
conozco que las mujeres
el mismo demonio son,
y se lleva uno unos chascos
á veces...
ROSA. (Ya dió una coz.)
FABRICIO. Pero conozco tambien
que los hombres son peor,
y que entre hombres y mujeres
aunque siempre la eleccion
es difícil... qué demonio!
por las mujeres estoy.
Yo he acabado mi carrera
y yo soy manchego... y yo
bien puedo ser en la Mancha
un boticario de pró!
y vendiendo medicinas
para el reuma y el dolor
de muelas, y otros achaques,
puede ser mi posicion
muy regular, y en el pueblo
tengo un poco de labor,
y mi tio es concejal,
y acaso lo sea yo
con el tiempo, y vivir solo
no es ninguna diversion,
y un casado siempre tiene
quien le cuide, y es mejor
el vivir en compañía
que el estarse hecho un huron
entre las cuatro paredes.
ROSA. (Que le ha estado mirando con atencion y extrañeza como sin comprender nada de lo que le dice.)
(Que galimatías.)
FABRICIO. Yo
pienso así, y si usted pensara...
pues... pensábamos los dos...
ROSR. En qué?... En la *mona* de Pascua?
FABRICIO. Ya se burla usté?... Me voy.
ROSA. Hombre, no sea usté... tonto

iba á decir.

FABRICIO. Es que yo
con las mujeres soy tímido
y con los hombres atroz...
y pues que ya la he explicado...

ROSA. (Que será lo que explicó?)

FABRICIO. Piense usté en ello y mañana
me da la contestacion.

ROSA. Pero qué he de contestarle?

FABRICIO. Es muy claro. El sí ó el no.

ROSA. De qué?

FABRICIO. De lo que la he dicho.

ROSA. Ya! del reuma y el dolor
de muelas... Quedo enterada.

FABRICIO. Pues me alegro. Adios.
(Se dirige á la puerta del foro.)

ROSA. Adios.
(Rosa se dirige con despecho hácia la ventana, á tiempo que aparece en ella D. Pedro, Fabricio que iba á salir por el foro, se vuelve al oir saltar al otro á la escena y queda desde la puerta del foro mirando lo que pasa en primer término)

ESCENA V.

DICHOS, D. PEDRO.

D. PEDRO. Rosa, en usté solo espero,
Rosa, por usté suspiro,
por usted, Rosa, delirio,
por usted, Rosa, me muero.
Diciendo, Señor, pequé,
caigo á los piés de mi hermosa.
(Se arrodilla.)
Usté me conviene, Rosa;
Rosa, me conviene usté.

ROSA. Ya más no puedo aguantar.
Abur.
(Le vuelve la espalda con incomodidad y sale por la izquierda.)

D. PEDRO. Me he quedado frio.

ESCENA VI.

D. PEDRO, FABRICIO, este se adelanta hasta poner la mano sobre el hombro de D. Pedro, que continúa arrodillado.

FABRICIO. Escuche usté, señor mio.
D. PEDRO. Qué? (Levantándose.)
FABRICIO. Me podrá usté explicar?...
D. PEDRO. (Gritando.)
El qué?
FABRICIO. Lo que aquí sucede.
D. PEDRO. Puedo hacerlo, es cosa llana;
pero no me da la gana.
FABRICIO. (Como preparándose á pegarle.)
Prepararse á morir puede.
D. PEDRO. Bah!
FABRICIO. Sabe usted quién soy yo?
D. PEDRO. Sí señor, un majadero.
FARRICIO. Qué dice usted?
D. PEDRO. Lo que quiero,
¿estamos? y se acabó.
FABRICIO. Soy don Fabricio Machaca.
D. PEDRO. Y yo don Pedro Taquilla.
FABRICIO. Nacido en Villasequilla.
D. PEDRO. Está bien: yo en Aravaca.
FABRICIO. Nunca temo.
D. PEDRO. Yo jamás.
FABRICIO. La quiero.
D. PEDRO. Me enamoró.
FABRICIO. Y no la cedo.
D. PEDRO. Ni yo.
FABRICIO. Y soy muy bruto.
D. PEDRO. Yo más.
FABRICIO. Siempre qué reñí, gané.
D. PEDRO. Yo pego con una gracia!...
FABRICIO. Soy licenciado en Farmacia.
D. PEDRO. ¿Y á mí qué me cuenta usté?
FABRICIO. Si se obstina usté en luchar...
D. PEDRO. Sí me obstino, señor mio.
FABRICIO. Correrá de sangre un rio.
D. PEDRO. Que corra, aunque sea un mar.

FABRICIO. Y así á todos probaré
que, pase á mi mala estrella,
si no me atrevo con ella,
me atrevo, y bien, con usté.
D. PEDRO. Pues te me pones delante
y me incitas á reñir,
jóven, tú vas á sufrir
los furores de un cesante.
FABRICIO. De la rabia que me tengo
por mi necia cortedad,
si ese valor es verdad,
hora en sus huesos me vengo.
Satisfecho haré que sea
mi vengativo furor,
yo se lo juro á usted por
tada la farmacopea.
D. PEDRO. Fué inútil todo registro
que en pretender fuí á emplear,
y hora en tí voy á vengar
lor desdenes del ministro;
piedad de tí no tendré
como logre hincarte el diente,
por el último expediente
lo juro que despaché.
FABRICIO. Pues los dos tenemos gana.
D. PEDRO. No hay dejarlo perder.
FABRICIO. Mañana al amanecer.
D. PEDRO. Al amanecer, mañana.

(Se dan la mano con aire muy incomodado, y sale Fabricio por el foro.)

ESCENA VII.

D. PEDRO, solo.

Un lance!... Me alegro, así
la probaré mi cariño,
y probaré al mundo entero
adónde llega mi brio.
¡Lástima que ese muchacho
no sea hombre político,
senador ó diputado,

ó periodista, ó ministro!
Que entónces ¡oh! entónces sí
que mi venturoso sino
me deparaba matar
dos aves de un solo tiro.
Me libraba de un rival
y lograba un empleillo
de gobernador civil,
de director ó de obispo,
pues es cosa muy sabída
que en este pais bendito,
no hay como andar á trastazos
para ser hombre de viso.
Luégo habla la córte
tres dias del desafio,
y aquí, en hablando de uno,
aunque hablen mal, es sabido
que aquel ya no necesita
recomendacion ni oficio
para aspirar á ocupar
hasta los mas altos sitios.

ESCENA VIII.

ROSA, D. PEDRO.

ROSA. ¿Todavía aquí?...
D. PEDRO. Sin duda,
aquí estoy y aquí estaré
por los siglos de los siglos;
y si usted es tan cruel
que me arroja de su casa,
volveré otra vez y cien,
para admirar sus hechizos
con cariñoso interés,
y escuchar las calabazas
con que su fiero desden
ha pagado hasta el presente
el amor que la juré.
Ya sabe usted que no cedo,
y que no hay razon ni ley
que en formando yo un empeño

me obligue á retroceder.
Rosita, usted me conviene,
y pues me conviene usted,
yo busco mi conveniencia
hasta obtenerla y amen.

ROSA. Don Pedro de mis pecados,
Taquilla de Lucifer,
es usted un sinapismo,
una cantárida, un...

D. PEDRO. Bien!
Desahogue usted su rabia,
yo no me incomodaré.
Si viera usted qué bonita
en este instante está usted,
echándome esas miradas
con que me quiere comer...
Si viera cómo la sienta
ese ceñito cruel
y fuera usted un instante
hombre en lugar de mujer,
y cesante á más de hombre,
y nacido el ~~diez y seis~~ 76,
y soltero, y se pudiera
con mis propios ojos ver
lo mismo que yo la veo,
se inspiraria á sí misma
tan cariñoso interés,
que exclamaria conmigo:
«Me conviene esta mujer.»

ROSA. Pues bien, señor de Taquilla,
si se convirtiera usted
en mujer y costurera,
y no tuviera mal ver,
y fuera jóven y alegre,
y aquí en la calle del Pez
habitara un sotabanco,
y se pudiera usted ver
lo mismo que yo le veo,
como se viera usted bien,
tan feo se encontraria
y tan ridículo, que
diera á correr por no verse,

y corriera tanto y bien;
que en tres semanas lo menos
no parara de correr.

D. Pedro. Qué franca!... Qué divertida
y qué bromista es usted?
(Pues señor, lo dicho dicho;
me conviene esta mujer...)

Rosa. Pero... lo toma usté á broma?...

D. Pedro. Es claro.

Rosa. Pues no lo es.

D. Pedro. Já! já!... Qué gracia!... Qué gracia!

Rosa. Mas...

D. Pedro. Siga usted, siga usted.
Yo me deleito en oirla.

Rosa. (Pero, Dios mio! qué hacer?)

D. Pedro. Las mujeres, es sabido
que se visten al revés,
y como al revés se visten
al revés hablan tambien,
y todo al revés lo hacen,
segun de niño escuché.
Por consiguiente, Rosita,
el furor que muestra usted,
me hace saber una cosa
que hace tiempo sospeché.

Rosa. Qué es ello?...

D. Pedro. Que usted me ama.

Rosa. Que yo?...

D. Pedro. Sí, que me ama usted.

Rosa. Le aborrezco.

D. Pedro. (Cogiéndola la mano y besándosela repetidas veces á pesar de su resistencia.)
Gracias, gracias.
(Me idolatra esta mujer.)

Rosa. Pero... se ha vuelto usted loco?

D. Pedro. Sí señora, lo estoy de
felicidad, de alegría,
y de amor y de placer!
Conque me ama usted, Rosita?

Rosa. No señor.

D. Pedro. Nunca pensé
que fuera su amor tan grande.

ROSA. Pues hacia usted muy bien.
No es ni grande ni pequeño.
D. PEDRO. Como aunque negaba usted
lo hacia con la sonrisa
en los labios, yo dudé;
mas ya no dudo; esa furia,
Rosita, la vende á usted:
usted me teme, y por Dios,
que no tiene que temer;
sé lo que son las pasiones,
y lo que es el honor sé,
y per estas y otras cosas
que se dejan comprender,
yo no abusaré, Rosita,
de la posicion de usted.
ROSA. Mas ¿quién habla de abusar?...
D. PEDRO. Lo dicho, no abusaré,
aunque conozco el amor
que por mí consume á usted,
y sé bien cuántas ventajas
con él pudiera obtener;
probaré que cada uno
es cada uno, y que fiel
cada uno á sus principios,
se porta como quien es.
ROSA. Don Pedro, voy á morirme.
D. PEDRO. Rosa, no se muera usted.
ROSA. Sí, no le quede á usté duda,
me moriré.
D. PEDRO. Yo tambien...
cuando Dios quiera. Á la fuerza
todos nos hemos de ver
en ese trance, y no creo
que se exceptúe usté de él.
ROSA. Es que yo quiero morirme
por tal de no ver á usted,
y me moriré esta tarde.
D. PEDRO. Rosa, si no he menester
más pruebas de su cariño,
si estoy convencido de él,
y ese amor me dará fuerzas
pera morir, ó vencer

al salvaje de Fabricio.

ROSA. Cómo?... Qué... Qué dice usted?...

D. PEDRO. Nada, que mañana... ¡zis!
ó muero yo, ó muere él,
y al que muera *requiescant*,
le entierran y hasta más ver.

ROSA. Explíquese usted.

D. PEDRO. Me explico.
Mañana al amanecer
nos batimos él y yo
á muerte.

ROSA. Qué dice usted?
Hombre, eso me ha conmovido.

D. PEDRO. Por mí?

ROSA. No señor, por él.
Conque un duelo? Qué alegría!

D. PEDRO. Cómo qué alegría?

ROSA. Pues!
Conque Fabricio me quiere?

D. PEDRO. Qué! no se lo ha dicho á usted?

ROSA. No se habia declarado,
aunque yo ya sospeché...
Gracias, señor de Taquilla!

D. PEDRO. (Maldita mi lengua, amen.)

ROSA. Conque se baten ustedes?

D. PEDRO. Sí señora.

ROSA. Bien, muy bien.
Él romperá á usté un brazo,
y miéntras se cura usted
me veré de su amor libre...
Ay, don Pedro, qué placer!...
entre tanto nos casamos...
Mas ahora que pienso bien...
Ese duelo es imposible.

D. PEDRO. (Que ha escuchado el anterior parlamento con muestras de admiracion.)
Es imposible? Por qué?

ROSA. Fué papá tambor mayor
del regimiento del Rey,
y era mamá planchadora
del teniente coronel,
y á mi me tuvo en la pila,

segun le probaré á usted,
el capitan de la cuarta
del segundo.

D. Pedro. Bien, y qué?

Rosa. Que consultando ambas líneas
paterna y materna...: ¡pues!
yo no soy, aunque soy pobre,
una modistilla de
tres al cuarto, como acaso
se haya figurado usted,
sino toda una señora
que se entretiene en coser.

D. Pedro. Y qué tenemos con eso?

Rosa. Cómo qué tenemos?

D. Pedro. Qué?

Rosa. Que es comprometer su fama
reñir por una mujer,
y si se empeña en batirse,
le juro, don Pedro, que
le dejo sin una muela
las encias de un revés:
pues soy toda una señora.

D. Pedro. Ya se le conoce á usté.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, FABRICIO.

Fabricio. Usted aquí todavia? (Á D. Pedro.)

D. Pedro. Todavía, sí señor...

Farricio. Si atendiera á mi rencor...

D. Pedro. Y vamos á ver, qué haria?

Rosa. Fabricio, vamos callando;
don Pedro, no hay que chistar.

Fabricio. Ya no vuelvo á respirar.

D. Pedro. Ni yo.

Rosa. Y vayan contestando
á mis preguntas los dos.

Fabricio. Decir la verdad le juro.

D. Pedro. Yo tambien se lo aseguro.
(Amenazando á Fabricio.)
Mas vive Dios!

FABRICIO. (Id. á D. Pedro.) Vive Dios!
ROSA. Sé que hace poco se armó
entre ustedes dos un lio,
y tienen un desafío...
FABRICIO. Es cierto.
ROSA. Y pregunto yo:
¿qué derecho su furor
les da á mancillar ahora
el honor de una señora,
hija de un tambor mayor?
FABRICIO. Yo lucho, viven los cielos!
porque vamos... lo diré!
porque siento por usté
un amor...
ROSA. Amor?
FABRCIO. Y celos.
El señor me incomodó,
le ví á sus piés de rodillas
y salí de mis casillas
ROSA. (Gracias á Dios. Se atrevió.)
D. PEDRO. Y yo por razon igual,
quiero matar á ese hombre,
pues no soy ¡voto á mi nombre!
hombre que sufre un rival.
ROSA. Conque los dos me aman?
FABRICIO. }
D. PEDRO. } Sí.
ROSA. Pues el que aspire á mi amor
ha de olvidar su rencor.
D. PEDRO. Por mí, olvidado.
FABRICIO. (Se dan la mano.) Y por mí.
D. PEDRO. La ofrezco mi cesantía,
y como la acepte usted
le juro no envidiaré
ni al gran sultan de Turquía.
FABRICIO. Si logro obtener su gracia
porque hace tiempo me afano,
yo la ofrezco con mi mano
mi oficina de farmacia.
ROSA. No merezco tal favor.
D. PEDRO. Bien, mas...
FABRICIO. Decida usté, Rosa.

ROSA. Pues me casaré gustosa.
D. PEDRO. Conmigo?
ROSA. Con el señor.
(Alarga la mano á Fabricio, este la cubre de besos.)
D. PEDRO. Con Fabricio?... Qué escuché!
ROSA. Elegir es mi derecho.
D. PEDRO. Sabe usté lo que sospecho?...
ROSA. Qué?
D. PEDRO. Que no me quiere usté.
ROSA. Hace tiempo á no dudar
que sospecharlo debiera.
D. PEDRO. Sin verlo no lo creyera,
mas si nada he de esperar... (Al público.)
dos aplausos por favor
pediré si no importuno.
FABRICIO. Dos?
D. PEDRO. Para nosotros uno.
ROSA. Y el otro para el autor.

FIN

OBRAS DRAMATICAS

DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

EN UN ACTO.

Pobre importuno...
Un tenor, un gallego y un cesante.
Una comedia más.
No mateis al alcalde.
Me conviene esta mujer.
Don Ramon.
El sombrero de mi mujer. [1]
Por una bota.
El sastre del Campillo.
¡El rey ha muerto! ¡viva el rey!
El laurel y la oliva.
La muerte de Cleopatra.
La propiedad es un robo.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

La piedra de toque.
Marco Spada.
Un dia en el gran mundo.
La mejor joya, el honor.
Los pobres de Levita.
La última batalla.
Del enemigo el consejo.

1 Zarzuela con música de D. Salvador Ruiz.

Concepcion Saz Isabel Villanueva Alfonsa
ana Salvanes Alejandrina Martinez Maria
ria Bustos, son amigas desde pequeñas. que
firma es la Sta. D.a Isabel Villanueva